

EL PANAMÁ HISPANO (1501-1821)

Celestino Andrés Araúz
Patricia Pizzurno

EL PANAMÁ HISPANO
(1501-1821)

Diario **La Prensa** de Panamá / Tercera edición / Panamá, 1997

El Panamá hispano (1501-1821)

© Celestino Andrés Araúz

© Patricia Pizzurno

@ Diario **La Prensa**

Tercera edición, 1997

Impreso en Panamá

I.S.B.N. 84-921-778-1-0

PORTADA: Plaza Mayor de la ciudad de Panamá en 1748, donde se celebraban corridas de toros, mascaradas, comedias y bailes (AGI, Panamá, 144).

A María Sofía

SALUDO INTRODUCTORIO

Es para mí un honor y una especial satisfacción abrir con estas palabras el libro **El Panamá Hispano**, del que son autores dos distinguidos historiadores de Panamá, el Dr. Celestino Andrés Araúz y la Dra. Patricia Pizzurno de Araúz.

Desde el momento en que, en 1990, ambos historiadores me hablaron de su proyecto de publicar en fascículos mensuales, del Diario “La Prensa”, una Historia de Panamá desde los orígenes de la época hispana en el Istmo hasta los últimos acontecimientos contemporáneos de la República independiente y soberana, les manifesté todo mi aliento animándoles a la realización de tan ambiciosa y exigente empresa.

El Ministerio de Educación, de Panamá, el Instituto Panameño de Cultura, y la Comisión Nacional del Vº Centenario —Encuentro de Dos Mundos— de España, así como la dirección de “La Prensa”, conocedores de la valía y rigor científico de los autores les ofrecieron su patrocinio.

Concluida, a mediados de 1991, la publicación de los fascículos que contienen la historia del período de la presencia hispana en el Istmo, la experiencia ha demostrado lo acertado de esta iniciativa de difusión historiográfica. En primer lugar la expectación que entre el público lector despertó la publicación de estos fascículos no se vio defraudada como lo demuestra el hecho de que gran parte de las ediciones se agotaron el mismo día de la publicación.

Hay que felicitarse, pues por este resultado de la publicación de los fascículos sobre el “Panamá Hispano”, pues ello supone que una Historia de este período, basada en el rigor histórico y el dato científico debidamente contrastado, ha llegado a miles de lectores panameños.

Esa lectura habrá desechado de las mentes cualquier falsa información obtenida anteriormente sobre la evolución, desarrollo y frutos de la presencia española en el Panamá

Con ello los autores Araúz y Pizzurno han hecho una contribución muy importante a la superación de falsos relatos que pretendían ser historia, ora con carácter de leyenda negra, ora como leyenda rosa.

Va a aparecer esta obra en la que se han recopilado los fascículos del Período Hispano, cuando se inicia, en Enero de 1992, el año del V° Centenario del Descubrimiento de América -Encuentro de Dos Mundos-. Su lectura es la mejor explicación de que en aquel acontecimiento trascendental, que supuso el inicio de la Edad Moderna, en el balance histórico, entre las sombras y las luces, fue patente el predominio de las luces sobre las sombras.

Con libros como éste, además, se realiza la más valiosa evaluación y reflexión sobre el verdadero sentido de la conmemoración del V° Centenario.

Hay, además, detrás de este libro, otro hecho historiográfico que deseo resaltar. Los dos historiadores Celestino Andrés Araúz y Patricia Pizzurno son dos intelectuales que formaron parte del grupo selecto de discípulos del llorado maestro de Historiografía panameña Carlos Manuel Gasteazoro. De Carlos Manuel Gasteazoro esta frase:

«En posesión de un admirable abolengo histórico, nuestro país se ha caracterizado por el descuido de la Enseñanza, Difusión e Investigación de nuestro pasado».

Este lamento de Gasteazoro se alivia con obras como ésta.

Vaya pues mi felicitación más cordial a los dos autores, y al equipo técnico que ha llevado a cargo esta edición en un breve espacio de tiempo, venciendo cualquier dificultad.

Es de esperar que el éxito acompañe la publicación de este volumen de Historia. Lo obtenido por la venta de esta obra será dedicada a constituir un nuevo Fondo Económico para permitir la publicación de los restantes fascículos: Época de unión a Colombia, y Etapa Republicana Soberana.

El Dr. Carlos Manuel Gasteazoro, desde el más allá sonreirá satisfecho al contemplar como sus discípulos continúan tan positivamente su obra.

Tomás Lozano Escribano
EMBAJADOR DE ESPAÑA
Panamá, 1 Diciembre de 1991.

A MANERA DE PRÓLOGO

Bien que la idea de publicar la **HISTORIA DE PANAMÁ** en fascículos mensuales surgió hace muchos años, diferentes circunstancias impidieron que el proyecto cristalizara. La invasión de las tropas norteamericanas a nuestro país y el retorno a la democracia nos obligaron a resucitar y definir este viejo y caro anhelo intelectual. Fueron la **Corporación La Prensa** y el embajador de España en Panamá, S. E. Tomas Lozano Escribano, los creyentes más entusiastas en esta aventura, casi desconocida en nuestro medio, y fue precisamente gracias a ellos que vimos la luz en octubre de 1990. Gracias a ellos también y muy especialmente a la Comisión del V Centenario Encuentro de Dos Mundos de España, es que este libro es hoy una realidad.

Nuestro objetivo primordial, cuando concebimos esta idea, fue divulgar en forma didáctica y de la manera más accesible posible, el devenir histórico de Panamá desde su descubrimiento y conquista hasta la actualidad. Se necesitaba en nuestro país un texto que sirviera de apoyo a los estudiantes de los diferentes niveles de los colegios secundarios y de la Universidad, así como una guía para los docentes y para el público en general, interesado en conocer nuestro pasado en sus diversos aspectos.

EL PANAMÁ HISPANO fue originalmente concebido en 10 fascículos que ahora se transformaron en capítulos. Primó en nosotros la necesidad de estructurar una historia objetiva, ecuánime y equilibrada. No nos podíamos hacer eco de la historia rosa y mucho menos de la leyenda negra, tan en boga en estos momentos cuando nos hallamos en vísperas de la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento o Encuentro de dos culturas. Es con gran satisfacción que creemos haber cumplido a cabalidad este propósito inicial.

No consideramos haber agotado un tema tan vasto y extenso como el Panamá hispano. Sabemos que para ello se requiere un esfuerzo conjunto interdisciplinario, además de la exégesis documental en el Archivo General de Indias, el Archivo de Simancas, la Biblioteca del Real Palacio, el Archivo Histórico Nacional de Madrid y otros repositorios en Europa y América. La Historia Extensa del Panamá hispano está aún por escribirse y para ello se requiere, asimismo, el apoyo oficial, tal como

en una ocasión lo hiciera Belisario Porras cuando creó los Archivos Nacionales. A pesar de ello estamos seguros de presentar una historia interpretativa de la época y un texto aprovechable tanto en los colegios como en la Universidad, sin olvidar al lector aficionado. Esperamos que esta obra sirva de estímulo a otros historiadores para dar inicio al estudio monográfico y exhaustivo de diferentes temas de nuestro pasado hispano que aún permanecen oscuros.

Aunque la realización del proyecto resultó apasionante, al tiempo que un estímulo y un reto, tuvimos que hacer frente, en un medio como el nuestro, a múltiples dificultades no sólo de orden intelectual. Por una parte, no podemos dejar de mencionar aquí la indiferencia de la empresa privada para patrocinar proyectos culturales, a diferencia de nuestros vecinos, Costa Rica y Colombia, donde el sector privado no sólo financia, sino que hasta impulsa proyectos como éste. Excepto unas pocas firmas que aún mantienen su publicidad como Hitachi, el Centro de Afianzamiento José Pezet, Petroterminales y la Caja de Ahorros, el resto no compartió o quizá no entendió el alcance del mismo. Es imperativo que el sector privado se comprometa más con las abundantísimas carencias culturales e intelectuales de nuestro medio, si es verdad como pregonamos que queremos configurar un nuevo Panamá gracias a la formación de un panameño diferente. A las empresas que nos han acompañado les agradecemos su estímulo y confianza y a las otras las exhortamos a imitarlas.

Los obstáculos de orden intelectual fueron múltiples y difíciles de solucionar. A la carencia de la bibliografía necesaria en nuestro medio para dar curso a la investigación y que muchas veces tuvimos que adquirir en el extranjero, se sumó lo exiguo de la documentación. No obstante, salimos adelante y vencimos dificultades que inicialmente parecían insalvables. Hoy sentimos la honda satisfacción de haber contribuido, en la medida de nuestras posibilidades, a hacer que nuestro pasado hispano cobrara actualidad, máxime cuando en su gran mayoría los fascículos ya están agotados y los lectores se hallan a la espera de este libro que, modestamente consideramos, contribuye a desentrañar las raíces que nutren nuestra identidad histórica.

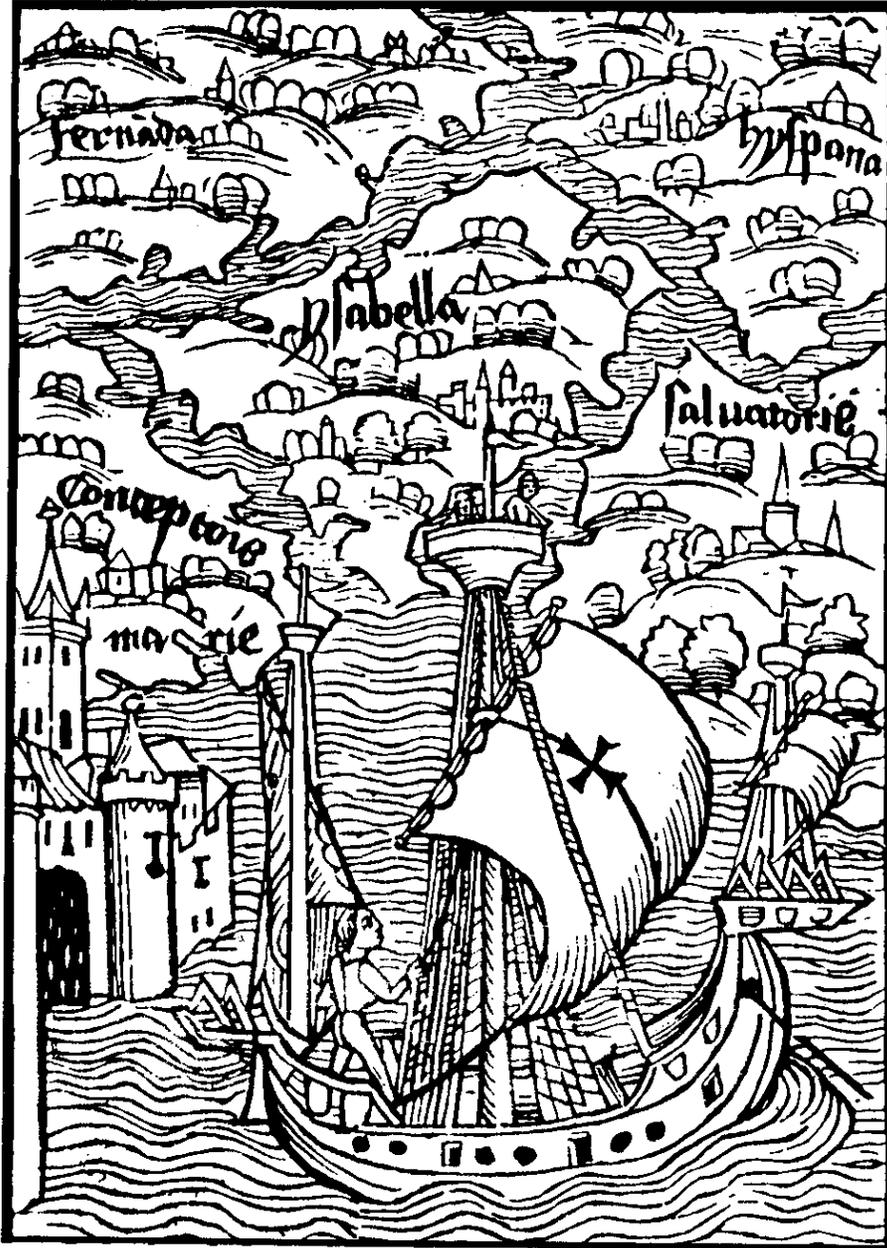
Abrigamos la esperanza que los 11 fascículos de la Historia de la etapa de Unión a Colombia puedan ver la luz, en los que sería el segundo volumen de esta historia interpretativa de Panamá. Asimismo, aún confiamos que la empresa privada se sume a este esfuerzo intelectual, en un medio donde la cultura parece ser tarea extravagante y exótica.

Finalmente, queremos dejar consignada nuestra gratitud al Ministerio de Educación y al Instituto Nacional de Cultura por haber creído desde el principio en este proyecto cultural.

LOS AUTORES

CAPÍTULO I

EL ISTMO DE PANAMÁ AL MOMENTO DEL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DEL NUEVO MUNDO



*Dibujo que ilustraba la primera carta de Colón
anunciando el descubrimiento (Basilea, 1494).*

1. Panamá como sitio de tránsito e intercambio de los indígenas precolombinos.

Mucho antes de la llegada de los conquistadores españoles al Nuevo Mundo, los indígenas realizaban un intenso intercambio comercial de un extremo a otro del continente, cuyo punto de tránsito obligado era el Istmo de Panamá. Durante su cuarto viaje, en 1502, Cristóbal Colón navegando desde la costa centroamericana descubrió gran parte del litoral atlántico de lo que sería el territorio de Panamá y completó el recorrido que, en sentido contrario, había hecho Rodrigo de Bastidas el año anterior. El Almirante, en esa ocasión, no sólo tuvo noticias de las minas de oro de Veragua, sino también que se trataba de un Istmo y, además, pudo conocer el activo tráfico comercial que allí realizaban los aborígenes con otros de lugares distantes. En su carta a los reyes Católicos, Colón se refirió a la Provincia de Ciguare que, según los naturales, estaba hacia el "Poniente" (para algunos autores se trata de los Mayas o de los Aztecas, mientras otros se inclinan por el Imperio Inca), donde había "infinito oro" y sus habitantes usaban "corales en la cabeza, manillas a los pies y (en) los brazos (...) bien gordas", así como sillas, arcas y mesas "guarnecidas y forradas". Indicó, asimismo, que las mujeres lucían "collares colgados de la cabeza a las espaldas" y "conocían la pimienta". También en Ciguare se celebraban "ferias y mercaderías". Las embarcaciones venían de allí cargadas de bombardas, arcos, flechas, corazas, "ricas vestiduras" y "buenas cosas".

Ciertamente Colón dio a conocer una situación que se venía dando en el Istmo de Panamá desde hacía mucho tiempo. Al parecer, en fecha muy temprana, durante el proceso del primitivo poblamiento del continente americano que se suscitó preferentemente entre Siberia y Alaska, a través del Estrecho de Bering, diversas oleadas migratorias cruzaron por nuestro territorio rumbo al sur. Por otra parte, los hallazgos de esmeraldas, jade y piezas de cerámica en las tumbas indígenas de Panamá demuestran que también hubo migraciones en sentido contrario. Tanto es así que se han descubierto joyas panameñas en Yucatán y la parte central de México. Este comercio también debió hacerse por mar como lo indica el hecho de que el propio Colón se encontró en Guanaja (Honduras) con una gran canoa procedente de Yucatán cargada con tejidos de algodón, espadas de madera, navajas de pedernal, objetos de cobre y otros artículos para el trueque. Años después, al iniciarse la conquista de México, Hernán Cortés dio con un comerciante maya, quien le mostró un mapa hecho de lienzo de algodón en el cual se detallaba la ruta de los intercambios que, desde Naco o Nito en Honduras, cruzaba Nicaragua hasta alcanzar el Istmo de Panamá, del cual según el cronista Antonio de Herrera, aparecían "todos los ríos y poblaciones que habían de pasar, y las ventas a donde ellos hacían jornadas, cuando iban a las ferias".

Si para los arqueólogos no resulta tarea fácil determinar con exactitud en qué fecha arribó el hombre primitivo al Nuevo Mundo, del mismo modo no hay muchos indicios sobre la época en que éste llegó al Istmo centroamericano y desde allí se dispersó al sur del continente. Se calcula que en el primero de los casos, el poblamiento pudo ocurrir entre 22.000 años A.C. a 12.000 A.C., mientras que especialistas como Richard Cooke aducen que nuestros antepasados indígenas alcanzaron el Istmo entre 9.500 años A.C. a 8.000 A.C. Es decir, ello ocurrió cuando grandes masas de hielo cubrían extensos territorios de Norteamérica, esto es en el período geológico conocido como Pleistoceno y, específicamente, durante la glaciación Wisconsin. Pero debemos tener presente que además de las hipótesis sobre el poblamiento terrestre, también se sostiene que el antiguo hombre llegó a tierras americanas por vía marítima, sobre todo de la Melanesia, Polinesia y Australia. En este sentido, aún hay mucho que aclarar y los estudiosos continúan aportando nuevos datos que, paulatinamente, arrojan más luces sobre un tema difícil.

Con todo, en el Istmo de Panamá, los vestigios más antiguos que se han encontrado son las puntas de proyectil paleoindias hechas de calcedonia. Según Cooke las mismas son delgadas y bifaciales, además de que presentan un cuidadoso trabajo en ambos lados. Se han localizado en la entrada del Canal interoceánico, en las orillas del lago Madden y en la laguna de la Yeguada, en Veraguas. Algunos de estos artefactos se asemejan en su forma a las puntas Clovis “cola de pescado” de los Estados Unidos y del Norte de México. Pertenecen, por tanto, a la época de los primitivos cazadores de mamíferos gigantes, cuyas especies se extinguieron al derretirse los glaciares y las aguas subieron de nivel cuando aumentó la temperatura terrestre.

Investigaciones de campo realizadas por Samuel Lothrop, Wolfgang Haberland, Anthony Ranere, Reina Torres de Araúz, Olga Linares y Richard Cooke, entre otros, han permitido reconstruir, en gran parte, las diversas manifestaciones de la cultura material del antiguo hombre panameño: desde su condición de bandas errantes recolectoras de crustáceos, moluscos y frutos hasta el establecimiento en aldeas y cacicazgos que los conquistadores hallaron a su llegada. En efecto, pese a la dispersión geográfica de los grupos indígenas que vivían en el Panamá prehispánico y no obstante sus diferentes grados de cultura, costumbres y lenguaje, es posible identificar en ellos algunos elementos comunes o bastante parecidos. Así se observa en el trabajo de la piedra, las conchas y los huesos, la elaboración de piezas de cerámica y la refinada artesanía y uso de objetos de oro. La orfebrería sirve para demostrar, además, la influencia sudamericana, sobre todo de los aborígenes de Colombia y Perú.

En líneas generales cabe mencionar algunos sitios arqueológicos que representan los distintos niveles de cultura de los primeros indígenas panameños. Para la época precerámica conviene resaltar a Cerro Mangote, situado al norte del río Santa María, en Coclé, donde se encontraron diversos artefactos de piedra y objetos de concha y hueso. Digno de mención es el sitio de Monagrillo (3.000 A.C. a 1.000 A.C.) en cuanto a la cerámica se refiere. Ubicado cerca del río Parita en Herrera, se hallaron allí también instrumentos de piedra, aunque la característica distintiva de este lugar es su alfarería. Se considera uno de los sitios más antiguos de América y presenta

similitudes con la fase Valdivia en la costa del Ecuador. Esta artesanía pertenece a una época anterior a la agricultura. De posterior fecha es la alfarería de Sarigua que presenta nuevas decoraciones y más tardía aún es la cerámica “escarificada” o de incisiones de Concepción (Chiriquí), Cerro Guacamayo (Coclé) y Agua Buena (Panamá). Todas fueron hechas por pueblos sedentarios que practicaban, además de la actividades acostumbradas, la agricultura y particularmente cultivaban maíz, frijoles y tubérculos (yuca, ñame, otoo, etc.) que desde entonces constituirían un elemento importante en la dieta del panameño.

Similar a la cerámica de Agua Buena es la encontrada en el conocido sitio de Barriles (Chiriquí). Pero lo que más llama la atención son las monumentales esculturas monolíticas que indican la existencia de un centro ceremonial. Las estatuas dobles en las que un esclavo o portador carga un sacerdote o jefe demuestran una sociedad estratificada (organizada en clases sociales marcadamente diferenciadas), lo cual se observa hasta en los rasgos físicos de los personajes. También pudieron haberse hecho sacrificios humanos en el lugar, como se deduce de las cabezas-trofeos que la figura superior lleva en sus manos junto con pequeños recipientes. En el pecho luce adornos de oro que guardan relación con otros encontrados en Costa Rica. En Barriles también había grandes metates rodeados de cabezas antropomorfas (forma humana) y algunas tumbas. Señala Cooke que las esculturas recalcan la belicosidad y el simbolismo agrícola.

En todo caso, al decir de Reina Torres de Araúz: “Este tipo de cultura (Barriles) en época tan temprana, nos sugiere la idea de la precocidad de las culturas precolombinas panameñas, explicada quizás por la razón geopolítica de su condición de Istmo, puente obligado de grupos procedentes del norte, del sur o de la región Circun-Caribe”.

Sin dejar de lado las posteriores muestras de la cerámica de la región central que presentan una gran evolución y ponen de manifiesto una mayor organización política y social de los grupos aborígenes por ella representados, como es el caso de Sitio Sierra (Coclé), es preciso señalar la importancia de las altas culturas de Parita, Sitio Conte (Coclé) y Playa Venado (Panamá) caracterizados por la cerámica policroma (de varios colores), orfebrería, trabajo en conchas, etc. Sin duda, Sitio Conte es la más representativa muestra de la técnica precolombina en vísperas de la llegada de los españoles. En el mismo abundan ornamentos de piedras preciosas y oro y el laminado de pequeños objetos de hueso, piedra y marfil señala la influencia de la cultura Quimbaya (Colombia). Más aún, algunos autores como Henri Lehmann indican que los motivos curvilíneos de ciertas piezas de cerámica son los mismos que se han encontrado en Marajó, en la desembocadura del Amazonas, lo que permitiría suponer una influencia arahuaca. Por su parte Lothrop, quien halló esmeraldas en Sitio Conte que datan del siglo VI, apunta que las mismas pudieron llegar al Istmo mediante el comercio marítimo con el Ecuador.

Otros autores como Disselhoff hablan sobre la presencia de una estatuilla olmeca de jade y un modelo de vaso de “cerámica plomiza” utilizado por los toltecas, encontrados en sepulturas de Panamá, lo cual según su apreciación evidencia el uso

de una ruta comercial entre México y el Istmo desde épocas muy antiguas. Esto sin descontar los objetos de oro de Coclé hallados en el templo maya de Chichen Itzá.

Durante esta época (500 - 1.520 D.C.) la economía se basaba fundamentalmente en la agricultura, aunque la cacería y la pesca continuaban ocupando un lugar importante como medios de subsistencia. La organización social y política era más compleja que en los tiempos de los grupos nómadas y tenía como máxima autoridad al cacique llamado en algunos sitios **Quevi** o **Quibián** seguido de los señores, **Tibas** o **Sacos**, los nobles guerreros, **piralaylos** o **Cabras**. A las señoras principales se les llamaba **espaves** y el último lugar de esta pirámide social lo ocupaban los trabajadores y los prisioneros de guerra tratados como esclavos. Sin embargo, al igual que se hablaban innumerables dialectos, asimismo existían diversos cacicazgos en todo el territorio del Istmo de Panamá. Estos permanecían casi siempre en guerra por el control de los territorios de pesca y caza, pero principalmente por los límites de sus respectivas zonas de influencia. Tal divisionismo, como veremos, fue hábilmente aprovechado por los conquistadores españoles.

Así las cosas, no resulta nada extraño que los aborígenes del Darién le hablaran a Balboa sobre la existencia de un nuevo mar donde se pescaban perlas y se intercambiaban productos con las balsas de vela de los indígenas peruanos. Como apuntamos, desde tiempos remotos la propia condición de Istmo facilitó el contacto comercial entre el Norte y el Sur del continente y esa función de Panamá como puente geográfico continuaría utilizándose después de la llegada de los españoles y, más aun, hasta nuestros días, como tendremos oportunidad de verlo a lo largo de este estudio.

2. En una época de profundas transformaciones, Colón descubre un Nuevo Mundo.

Entre finales del siglo XV y principios del XVI, algunos países europeos dieron inicio a su expansión hacia otros continentes. Portugal y España encabezaron este movimiento destinado a llegar al Oriente por una nueva ruta a fin de obtener productos tales como perfumes, sedas, tintes, tapices, porcelanas, oro y, especialmente, las especias, en particular, el clavo de olor, canela, pimienta, nuez moscada y jengibre. Estas últimas servían para preservar la carne, sazonar la comida europea e incluso para darle aroma y mejor sabor a las bebidas. Con posterioridad Francia, Inglaterra y Holanda se sumaron a este proceso expansivo y establecieron también imperios en ultramar. De esta manera, la presencia e influencia europeas se hicieron sentir en los cuatro puntos cardinales del globo terráqueo.

Cuando en 1453 Constantinopla cayó en poder del Imperio Otomano (Turco), el activo comercio que allí se realizaba con el Oriente por intermedio de los árabes sufrió un duro golpe. Hasta entonces el Mediterráneo era el escenario principal de este intercambio y los mercaderes de Génova y Venecia resultaban los más favorecidos con dicho tráfico. El nuevo orden de cosas indujo a la búsqueda de una vía marítima hacia el Oriente, ora bordeando el África o bien adentrándose en el Atlántico, a la sazón denominado "Mar Tenebroso" acerca del cual circulaban toda suerte de rumores fantásticos.

Mas es preciso aclarar que diversos factores hicieron posible que los europeos emprendieran su expansión hacia tierras lejanas. En efecto, durante el siglo XV la náutica o el arte de la navegación había evolucionado no sólo en la construcción de embarcaciones más veloces de fondo redondo y con aparejos para aprovechar mejor la fuerza de los vientos, como la carabela, sino también en el uso de una serie de instrumentos de mayor precisión como la brújula y el astrolabio. A ello debemos añadir la confección de mapas y el desarrollo de conocimientos astronómicos que permitirían la navegación de altura, es decir en mar abierto.

Desde el punto de vista económico los llamados Tiempos Modernos se caracterizaron por la creciente importancia que adquirieron los hombres de negocios, dedicados al comercio, la industria y la banca, que constituirán la denominada burguesía. Esta, en alianza con la nobleza, desplazó a los señores feudales y, a la vez que contribuyó a financiar las empresas descubridoras, en el ámbito político, influyó para la consolidación de los estados nacionales y las monarquías absolutas. En el aspecto cultural esta época se corresponde con la transición del Medievo a la Modernidad que se conoce como el Renacimiento. Una serie de geniales manifestaciones en las artes, las ciencias y las letras dieron un sello particular a este período. En esencia, el hombre renacentista buscó en la observación y la experimentación el por qué de las cosas. Trató de explicarse a sí mismo sin ceñirse demasiado a los preceptos religiosos vigentes en la Edad Media. Más aun, estos fueron los tiempos en que la Iglesia tuvo que enfrentar una profunda división creada por la Reforma Protestante, más que todo encabezada por Lutero, Calvino y Enrique VIII en Inglaterra.

No obstante, el hombre renacentista estará ubicado entre dos épocas y reflejará su modo de pensar ambivalente en las nuevas tierras descubiertas y conquistadas. Será así mercader y aventurero, a la vez que profundamente religioso y compenetrado con el espíritu de las Cruzadas, cuyo objetivo en este caso era la conversión del infiel. Cristóbal Colón encarnó a este personaje que oscilaba entre dos tiempos. Es más, en el propio proceso de descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo encontramos ejemplos en los que la Edad Media y la Moderna se confunden y coexisten.

Portugal señaló el camino en la carrera hacia el Oriente. Sus navegantes fueron los primeros que alcanzaron las islas frente al continente africano (Azores, Madeira y Cabo Verde) y, en 1487, Bartolomé Díaz llegó al Cabo de Buena Esperanza, o de las Tormentas, es decir, al extremo meridional de África. Vasco de Gama navegando por el Océano Indico, en 1497, arribó a la India y obtuvo las tan deseadas especias. De allí en adelante se sentaron las bases para el imperio colonial portugués en diversos puntos de Asia y África. Mientras tanto, en enero de 1492 y tras varios siglos de luchas contra los árabes, los Reyes de Castilla y Aragón, mejor conocidos como los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, respectivamente, lograron someter el último reducto moro en la Península, el Reino de Granada. Así, los castellanos no sólo se encontraron con las manos libres para emprender viajes con destino a la Especiería, sino que también gracias a la guerra contra los moros habían adquirido una amplia experiencia en el proceso de reconquista, así como en el sometimiento de los aborígenes guanches de las Canarias. Estos conocimientos los aplicarían en las tierras por descubrir.

Fue así como el marino genovés Cristóbal Colón (1451) en abril de 1492, mediante las llamadas Capitulaciones de Santa Fe, recibió los títulos de Almirante, Virrey y Gobernador General de todas las islas y territorios que descubriera. Además tendría derecho a la décima parte de todo el tráfico mercantil que resultara y otras prebendas económicas. Ciertamente para lograr estas concesiones tuvo que esperar seis años en España, aunque su proyecto de navegar hacia el Oriente por el oeste ya lo había presentado al rey Juan II de Portugal en 1484. Incluso su hermano Bartolomé, en este sentido, pulsó sin éxito la opinión de los monarcas de Inglaterra y Francia. Influidos por lecturas de obras como el **Imago Mundi** del Cardenal Pierre Ailly, **II Millione** de Marco Polo y el **Almagesto** de Tolomeo, entre otras, además de la carta y el mapa de Paolo Toscanelli, el Almirante no sólo estaba firmemente convencido de la redondez de la Tierra, lo cual era compartido por muchos científicos de la época, sino que se podía llegar a las tierras del Gran Khan (el emperador de China) por el Atlántico, mar afuera. También desde muy joven había incursionado por aguas de África y del Norte de Europa en barcos de bandera portuguesa que se dedicaban a obtener marfil, oro en polvo, azúcar, especias y esclavos negros, en el primero de los lugares mencionados e intercambiaban pescado salado, lana y vinos en Irlanda e Islandia.

Para su primer viaje contó con el apoyo de los frailes Juan Pérez y Antonio Marchena del Monasterio de la Rábida, así como de los potentados judíos conversos Luis San Angel y Gabriel Sánchez, además del Duque de Medinaceli. En asocio de los hermanos Vicente Yáñez Pinzón y Martín Alonso Pinzón y otros navegantes como Pedro Alonso Niño, Colón organizó una expedición de tres carabelas: La Santa María o Gallega, la Pinta y la Niña (Santa Clara), las cuales zarparon del Puerto de Palos el 3 de agosto de 1492 hacia un rumbo entonces incierto y desconocido. Tras recalar en las islas Canarias y después de treinta y tres días de navegación en la madrugada del 12 de octubre avistó tierra. El primer lugar visitado por el Almirante fue la isla que los nativos arahuacos llamaban Guanahaní, que él denominó San Salvador, situada en el archipiélago de las Bahamas o Lucayas. Creyendo haber llegado al Oriente, Colón equivocadamente denominó a los naturales, indios.

Es necesario destacar la primera descripción que el Almirante hizo sobre los aborígenes del Nuevo Mundo: "... Conocí que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra Santa Fe con amor que no con fuerza, le di a algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescuezo y otras cosas doradas de poco valor", con los cuales quedaron entusiasmados. Más adelante, señaló: "... venían a las barcas de los navíos adonde (...) estábamos, nadando, y nos traían papagayos e hilo de algodón en ovillos y azagayas y otras cosas muchas y nos las trocaban por otras cosas que (...) les dábamos como cuentecillas de vidrio y cascabeles. En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenían de buena voluntad. Mas parece que era gente muy pobre de todo...". En efecto, algunos nativos de Guanahaní únicamente lucían argollas de oro en la nariz, pero le indicaron a Colón que hacia el sur había un rey que tenía grandes vasos de ese metal.

Físicamente el Almirante describió a los arahuacos como "gente muy hermosa", de buena estatura y "de cabellos gruesos casi como sedas de cola de caballo y cortos", los cuales le caían por encima de las cejas, excepto algunos que lo usaban largo. Todos

eran de “frente y cabeza muy ancha” y “los ojos muy hermosos y no pequeños”. Dijo que eran del color de los canarios (guanches) “ni negros ni blancos” aunque se pintaban la cara y el cuerpo con colores llamativos. No traían armas y según él no las conocían, pues al mostrarles las espadas “las tomaban por el filo y se cortaban con ignorancia”. Algunos mostraban heridas como resultado de sus enfrentamientos con los belicosos caribes a los que Colón encontró en el segundo viaje a las Antillas. Extrañamente el Almirante se imaginó que estos últimos procedían de “Tierra Firme”, porque no sería sino hasta su tercer viaje cuando llegó al continente. En cuanto a los arahuacos afirmó que debían ser “buenos servidores y de buen ingenio”, porque repetían con rapidez todo lo que se les decía y a su entender “ligeramente se harían cristianos”. No cabe duda de que tal descripción contribuyó a crear en Europa la imagen del “buen salvaje” que luego tendría amplia difusión.

Aunque Colón no se detuvo mucho tiempo en Guanahaní y otras islas cercanas (Juana o Cuba, Santamaría de la Concepción y Fernandina), pues su propósito era hallar oro y especias, aseveró que las islas eran “muy verdes y fértiles y de aires muy dulces”. En su diario del primer viaje, que conocemos a través de Fray Bartolomé de las Casas, el Almirante no dejó de mostrar su continuo asombro ante un paisaje exótico, al tiempo que alabó los territorios que, paso a paso, iba descubriendo. Llegó a decir que “es esta tierra la mejor y más fértil y temperada y llana y buena que hay en el mundo”. Llamaron su atención las grandes lagunas y la variedad de árboles y de animales tan diferentes a los de Europa. Para todo esto no encontraba explicación, pues nunca se imaginó haber llegado a un nuevo mundo. Fue en esta ocasión cuando vio por primera vez el maíz, al igual que el tabaco al que describió como unas hojas secas que “debe ser cosa muy apreciada entre ellos”.

En vano buscaría Colón las pruebas que le demostraran su arribo al Oriente, aunque no dejó de mencionar a Catay (China) a Cipango (Japón) e indicó a los reyes Católicos que creían haber encontrado ruibarbo y canela y “otras mil cosas de sustancia”. En esta primera incursión por aguas del Caribe, el Almirante descubriría también Haití a la que denominó La Española, donde precisamente establecería el primer asiento español el 25 de diciembre de 1492, conocido como fuerte de Navidad, el cual construyó con los restos de la Santa María que había encallado y en el que quedó una guarnición de cuarenta hombres.

Pronto circuló por Europa la noticia del hallazgo de Colón, gracias a su célebre carta del 15 de febrero de 1493, que según Morison se tradujo al latín y hasta 1499 había recibido diecisiete ediciones. España y Portugal entraron en pugnas diplomáticas para cuya solución, en un principio, recurrieron al Papa Alejandro VI, quien mediante las llamadas Bulas Alejandrinas dividió el mundo conocido en dos porciones. Estableció la separación de las posesiones de ambos reinos mediante una línea divisoria que iba de Norte a Sur a cien leguas al Occidente de las islas Azores y Cabo Verde. La porción Este correspondería a Portugal, mientras la Oeste a España. Pero sería gracias al Tratado de Tordesillas (1494) cuando la línea de demarcación se extendió a 370 leguas al Oeste de las islas de Cabo Verde y momentáneamente se puso término a los conflictos de esferas de influencia entre los países ibéricos.

Con el triple propósito de colonizar, establecer una factoría comercial y convertir a los indígenas, Colón zarpó de Cádiz a finales de septiembre de 1493, comandando una expedición de 17 naves y 1.500 hombres. En esta oportunidad descubrió una serie de islas en las pequeñas Antillas (Dominica, Guadalupe, Santa Cruz, Saba, Marigalante, Antigua) además de Borinquén (Puerto Rico) y Jamaica. En las Antillas menores se darían los primeros enfrentamientos con los Caribes. Pero también en La Española se habían producido choques con los tainos, lo que ocasionó la destrucción del fuerte Navidad. No obstante, Colón en la parte norte de la isla estableció, en enero de 1494, la población La Isabela, en honor a la Reina, con el propósito de alcanzar las ricas minas de oro de Cibao. Este primer ensayo de poblamiento resultó un virtual fracaso por la mala selección del lugar que era insalubre y nada propicio para las tareas agrícolas y ganaderas. A pesar de ello, Colón siguió buscando infructuosamente las tierras descritas por Marco Polo, al punto que llegó a confundir a Cuba con Cipango o, en su defecto, pensó que se trataba de la península asiática de Mangi (sur de China).

Tras el fracaso para recoger oro que estaba sumamente disperso en La Española, Colón dispuso imponer un tributo a los indígenas lo cual agudizó el descontento entre éstos. A ello cabe añadir las diferencias que comenzaron a surgir entre los propios colonos, no sólo en oposición al Almirante, sino también contra sus hermanos Bartolomé y Diego. Mientras en España se acumulaban las quejas contra los Colón, éstos recurrieron a la esclavitud de los indios como sustitución al tráfico de oro. Pero es necesario aclarar que dicha práctica fue terminantemente prohibida por la Reina Isabel en 1499, aunque esta disposición no se sostuvo. En tercer término pensaron, sin éxito, sacar provecho de las maderas tintóreas. Con todo y eso, en agosto de 1496, Bartolomé Colón dispuso trasladar la población de la Isabela al sur de la isla donde fundó Santo Domingo a orillas del río Ozama, la que pasaría a ser el centro de las exploraciones en el Caribe y Tierra Firme.

No fue sino hasta el tercer viaje cuando Colón, que zarpó de Sanlúcar de Barrameda el 30 de mayo de 1498, alcanzó Tierra Firme, tras llegar inicialmente a la isla de Trinidad. Recorrió el Golfo de Paria y la Península del mismo nombre donde intercambió abalorios y otros objetos de escaso valor por perlas y prendas hechas de guanín (aleación de oro y cobre). El Almirante navegó cerca de una de las desembocaduras del Orinoco y del Río Grande y pudo cerciorarse de su gran tamaño por el agua dulce que encontró en mar abierto. Si bien escribió a los Reyes que esta tierra era "grandísima" y que posiblemente existían otras de que jamás se habían tenido noticias, vislumbrando quizás la existencia de un nuevo mundo; por otro lado, pensó que se encontraba en las cercanías del Paraíso Terrenal.

Al retornar a La Española pudo cerciorarse del levantamiento de Francisco Roldán con quien tuvo que llegar a un arreglo amistoso. Pese a que cambió su política del tributo a los indígenas por la de los repartimientos, la situación en La Española empeoró cada vez más. Su prestigio como Virrey y Gobernador se vio seriamente cuestionado, al extremo que la Corona envió un comisionado en agosto de 1500. El emisario real Francisco de Bobadilla actuó con mano firme y embarcó como prisioneros a España al Almirante y a sus hermanos.

Como resultado de la desacertada administración de los Colón en La Española y con el propósito de obtener el mayor provecho posible de las perlas halladas en Tierra Firme, además de hacerle contrapeso a los viajes portugueses en la India, donde, como dijimos, habían alcanzado la especiería, los Reyes Católicos a través del Obispo Juan Rodríguez de Fonseca, decidieron fomentar las exploraciones otorgándoles facilidades a otros navegantes particulares, entre 1499 y 1503. Así, al tiempo que se rompió con el monopolio concedido a Colón en las capitulaciones de Santa Fe, se realizaron una serie de expediciones entre el Cabo de San Roque o de San Agustín (Brasil) y el Puerto de Retrete (Panamá), con el doble propósito de descubrir y rescatar (comerciar) perlas y metales preciosos. Se destacan los viajes que emprendieron en este período Alonso de Ojeda, Juan de la Cosa, Vicente Yañez Pinzón, Diego de Lepe, Américo Vespucio, Cristóbal Guerra y Rodrigo de Bastidas, entre otros. Se denominan impropiaamente "viajes menores", pero en realidad deben llamarse viajes de descubrimiento y rescate, ya que tenían el doble propósito exploratorio y comercial. Todos los contratistas asumieron los costos de la empresa.

3. Rodrigo de Bastidas descubre el Istmo y Colón completa el recorrido.

Oriundo del barrio de Triana (Sevilla), Rodrigo de Bastidas, de profesión comerciante celebró con la Corona un contrato el 5 de junio de 1500. Mediante el mismo se le otorgó licencia para descubrir en las islas o tierra firme no visitadas por Colón ni otros navegantes, ni tampoco que pertenecieran al Rey de Portugal. Recibiría las tres cuartas partes de todo lo que rescatara. Se le instruía, particularmente, para que obtuviera sobre todo oro, plata, cobre, plomo y cualquier otro metal, así como perlas, piedras preciosas, joyas y negros que se consideraran como esclavos. Del mismo modo, debía tratar de obtener "monstruos y serpientes y otros cualesquier animales, y pescados, aves y especiería, y droguería y cualquier cosa de cualquier nombre y calidad y valor que sea".

Debido a que los anteriores viajes de descubrimiento y rescate realizados por Ojeda, Cristóbal Guerra y otros, se habían concentrado en la Costa de las Perlas en Venezuela, hasta la altura del Cabo de la Vela en Coquibacoa (actual Colombia), Bastidas tenía instrucciones de llevar a cabo su comercio a partir de este último punto. Parece ser que no pudo zarpar de Cádiz hasta mediados de 1501, pero su viaje fue exitoso.

Durante su recorrido por las actuales costas del Atlántico colombiano designó algunos lugares con nombres que aún permanecen en la toponimia de la región, como Santa Marta, Río Magdalena, Islas Barú, etc. En el Golfo de Urabá intercambiaba abalorios por oro con los naturales y finalizó su viaje de descubrimiento aproximadamente a la altura de las islas Mulatas en San Blas o bien en el Puerto Escribano o Retrete, en lo que hoy es Panamá. Bastidas fue, pues, el primero que recorrió parte del litoral Atlántico de nuestro territorio, pero no se detuvo a colonizar, toda vez que éste no era el objetivo fundamental de su viaje. Quizás más importante resulta el hecho de que Bastidas en este recorrido estuvo acompañado por el célebre cartógrafo y piloto Juan de la Cosa y por el futuro descubridor del Mar del Sur, Vasco Núñez de Balboa.

Entretanto, el 11 de mayo de 1502, Cristóbal Colón partió de Cádiz para realizar el que sería su cuarto y último "alto viaje" al Nuevo Mundo. Tres propósitos básicos perseguía al Almirante en esta ocasión, a saber: 1) descubrir un estrecho o paso de mar que lo condujera hacia el Oriente, 2) hacer el comercio con las tierras del Gran Khan, y 3) contribuir a la cristianización de los infieles. Luego de recalar en Martinica, Colón recorrió desde la Isla Guanaja (Honduras) todo el litoral atlántico centroamericano hasta el puerto de Retrete en el Istmo de Panamá. Obviamente, no encontró el estrecho y menos aun el Oriente, pero se enteró, como dijimos al comienzo de este estudio, de la existencia de las ricas minas de Veragua. Tanto fue su entusiasmo que el Almirante escribió: "Yo vi en esta tierra de Veragua mayor señal de oro en dos días primeros que en La Española en cuatro años".

A fin de explotar el oro de esta región, el 6 de enero de 1503 fundó a orillas del río Belén el primer intento de población en Tierra Firme, a saber: Santa María de Belén. Pero las anteriores estrategias que se habían practicado en La Española con los indígenas a fin de obtener oro, pronto produjeron enfrentamientos con los aborígenes encabezados por el Quibián. Por si ello fuera poco, también el lugar fue mal seleccionado porque estaba permanentemente expuesto a las corrientes del río y la acumulación de arenas. Así las cosas, el 16 de abril de 1503, el Almirante abandonó definitivamente su segundo intento de factoría comercial después de La Isabela. Luego de permanecer varios meses refugiado en Jamaica a causa del deterioro de sus naves, el Almirante retornó a España donde moriría en Valladolid el 20 de mayo de 1506, firmemente convencido de haber llegado a algún punto del Oriente y no a un Nuevo Mundo.

4. Las capitulaciones de Ojeda y Nicuesa y sus fallidos intentos de colonización.

Desde principios del siglo XVI la Corona española experimentó cambios en su política de descubrimientos y decidió organizar el tráfico con las Indias Occidentales. A tal efecto, en 1503, se creó en Sevilla la Casa de la Contratación, que tenía a su cargo todo lo relacionado con el comercio y la navegación en Ultramar. Expedía licencias para los pasajeros a Indias, otorgaba permisos a los marinos, vigilaba las actividades mercantiles e incluso, tres años después, creó el cargo de Piloto Mayor y una Escuela de Navegación, a raíz de la celebración de una Junta de marinos, cosmógrafos y astrónomos que se reunió en Burgos por instrucciones del Rey Fernando de Aragón.

Como resultado de la Junta de Burgos se decidió continuar la búsqueda hacia la tierra de las especias, al tiempo que para efectos de conquista, parte de Tierra Firme fue dividida en dos porciones, tras el contrato concertado con Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa, el 9 de junio de 1508. Con el nombre de Urabá o Nueva Andalucía se designó a la Provincia comprendida desde el Cabo de la Vela hasta el este del Golfo Urabá. Esta porción fue encomendada a Alonso de Ojeda. Por su parte, Diego de Nicuesa fue nombrado Gobernador de la Provincia de Veragua que iba desde el oeste del Golfo de Urabá hasta el Cabo Gracias a Dios en Honduras. No obstante, Ojeda y Nicuesa estaban subordinados al nuevo Gobernador de La Española, Diego Colón, aunque podían ejercer su mando en Jamaica. Ambos costeaban sus respectivas empresas.

Al igual que Bastidas, Ojeda y Nicuesa estaban autorizados para descubrir islas y tierra firme que no pertenecieran a Portugal, así como rescatar oro, plata, guanines y otros metales, piedras preciosas, perlas y cualquier otra cosa, sin descartar el tráfico de esclavos. La concesión era por cuatro años. Durante el primero habrían de dar a la Corona una quinta parte de todo lo obtenido y los tres siguientes una cuarta parte. Ambos habrían de construir cuatro fortalezas por sus propios medios, en sus respectivas Gobernaciones. Podrían explotar minas de oro y plata por diez años, pagando derechos a la Corona y para tal efecto podrían importar mano de obra. Pero aparte de esto tenían la potestad para edificar “casas, estancias o pueblos en los lugares y asientos que lo podáis hacer”, libres de impuestos reales, excepto si se dedicaban al rescate de oro, plata o piedras preciosas y si empleaban mano de obra indígena. Todo lo necesario podrían encontrarlo en La Española o Jamaica, incluso indígenas, soldados y mercaderías.

Resultó un fracaso total el intento de poblamiento y comercio de Ojeda en la Gobernación a su cargo. Después de duros enfrentamientos con los aborígenes en Turbaco, en las márgenes del Golfo de Urabá, fundó la colonia de San Sebastián (1510) que a la postre resultó destruida por los indios. El propio Ojeda se vio obligado a abandonar la empresa colonizadora y su segundo en el mando, el bachiller Martín Fernández de Enciso que posteriormente llegó de La Española con nuevos refuerzos, no tuvo mejor suerte. Fue entonces cuando, por recomendación de Vasco Núñez de Balboa, que había llegado a San Sebastián embarcado como polizón, los desesperados colonos españoles decidieron trasladarse al otro lado del Golfo de Urabá donde los indígenas no utilizaban flechas envenenadas.

Sobre un poblado indígena del Darién y a la orilla del río del mismo nombre, en los últimos meses de 1510, se fundó Santa María La Antigua. Los cronistas españoles difieren en cuanto a que la población se levantó tras un fuerte combate con Cémaco, el cacique de la región o que éste se sometió pacíficamente. Como quiera que fuese, en el Darién los españoles encontraron un lugar estratégico desde donde podían desplazarse para realizar sus expediciones de descubrimiento y conquista tanto en el interior de la región como en el propio Golfo de Urabá.

Tal como había ocurrido en La Isabela, las rencillas entre los conquistadores bien pronto se hicieron sentir. Surgieron desavenencias por cuestiones de jurisdicción y mando entre el bachiller Martín Fernández de Enciso y los inquietos colonos del Darién, acaudillados por Balboa. No olvidemos que Santa María La Antigua estaba situada en territorio perteneciente a la jurisdicción de Nicuesa y, por tanto, el lugarteniente o segundo de Ojeda era, en verdad, un usurpador. Más aún, Fernández de Enciso prohibió bajo pena de muerte el rescate de oro con los nativos. Con estos argumentos los vecinos de la colonia convocaron el primer Cabildo Abierto que se celebró en Tierra Firme, en 1510, donde se eligieron como Alcaldes a Vasco Núñez de Balboa, a Benito Palenzuelos y a Martín Zamudio, en tanto que resultaron Regidores Juan Valdivia y Diego Albítez. Como Alguacil fue designado Bartolomé Hurtado, quien precisamente había ayudado al extremeño a salir de la Española con destino a Urabá. Sin embargo, estos cambios no pusieron término a las controversias en la recién fundada población, puesto que continuaron las banderías. Así, había quienes seguía reconociendo

a Enciso como máxima autoridad, otros a los Alcaldes y no faltaron aquéllos que se inclinaban por Nicuesa.

Por su parte, este último que había zarpado de Santo Domingo a finales de 1509, después de auxiliar a Alonso de Ojeda en su enfrentamiento con los indígenas de Turbaco, pasó por la costa del Darién rumbo a Veragua. Su propósito fundamental era encontrar las ricas minas de oro allí situadas de acuerdo con la descripción hecha por Cristóbal Colón. La mala suerte acompañó a Nicuesa quien perdió la mayor parte de sus hombres en las ensenadas e islas de la laguna de Aburema (Chiriquí Grande) como resultado de los continuos choques con los aborígenes, una serie de desventurados naufragios y el hambre que acosó a los inexpertos españoles. Finalmente, fue rescatado y se estableció en Nombre de Dios donde, a principios de noviembre de 1510, erigió un rústico poblado de cabañas sobre un cerro cercano a la costa. Allí, por intermedio de su lugarteniente Rodrigo de Colmenares, se enteró de los sucesos de Santa María la Antigua del Darién. Pero al trasladarse a este lugar para imponer su autoridad fue hecho prisionero y, junto con sus seguidores, embarcado en un bergantín "viejo y hasta mal aparejado" del cual nunca se supo más nada.

Si bien existen versiones contradictorias acerca de la actuación de los colonos de la Antigua en la eliminación de Nicuesa, lo cierto es que el mayor grado de responsabilidad recayó sobre Vasco Núñez de Balboa, quizás porque éste hábilmente asumió el mando deshaciéndose de Enciso y Zamudio a quienes envió a España. Como bien indica el historiador norteamericano Sauer, Balboa "fue el primer caudillo del Nuevo Mundo que sin status legal se convirtió en dirigente mediante su capacidad de ganar partidarios y conservarlos".

5. El gobierno de Balboa en Santa María y el hallazgo del Mar del Sur.

Poco se sabe sobre el origen y los primeros años de Balboa. Se sostiene que era natural de Jerez de los Caballeros (Badajoz), donde nació posiblemente en 1465. De origen hidalgo, aunque pobre, fue criado de Porto Carrero, Señor de Moguer. La primera noticia que se tiene sobre él es que se embarcó en Cádiz en 1501 en la expedición de Rodrigo de Bastidas y después se radicó en Salvatierra de la Sabana al occidente de la isla La Española donde, al parecer, tuvo a su cargo repartimientos de indios y cultivaba algún terreno. Todo hace suponer que como colono no tuvo éxito, razón por la cual, como dijimos, con la ayuda de su amigo Bartolomé Hurtado se embarcó subrepticamente en una de las naves de Enciso que se dirigía a Urabá.

Ciertamente, con Balboa Santa María la Antigua del Darién se convirtió en el primer núcleo de población y centro expedicionario en Tierra Firme. Durante una década fue el foco expansivo para encontrar el oro que no se había obtenido en las Antillas. El futuro descubridor del Mar del Sur demostró, además, mucho tacto para gobernar la colonia tanto en el trato con sus compañeros como en sus relaciones con los indígenas. Una de sus primeras medidas fue trasladar a la recién establecida población a los hombres de Nicuesa que se encontraban en Nombre de Dios. En el Nuevo asiento recibieron solares y tierras de labranza, pues como decía el mismo Balboa en su carta al Rey Fernando del 20 de enero de 1513 "llegaron a tiempo (y)

alcanzaron parte de todo lo bueno que había”. Criticó la política desacertada de Ojeda y Nicuesa “porque después que a estas partes pasan toman tanta presunción y fantasía en sus pensamientos que les parece ser señores de la tierra y desde la cama han de mandar la tierra y gobernar lo que es menester”. Los acusó de tratar a la gente bajo su responsabilidad como si fuesen esclavos, tanto era así que ni siquiera repartían “las cosas que se tomaban de comer en las entradas” y mucho menos el oro.

Uno de los aspectos que distinguían a Balboa de otros conquistadores era el hecho de permanecer al frente de las expediciones, sin importarle los peligros que se corrieran. El propio Balboa le indicaba al Rey Fernando en la carta antes citada: “Yo he procurado de nunca hasta hoy haber dejado andar la gente fuera de aquí sin yo ir adelante, hora fuese de noche o de día, andando por ríos y ciénagas y montes y sierras...” Y, a renglón seguido, advertía: “si la persona que tiene cargo de gobernar esta tierra se descuida con algunas personas y se queda en casa ninguno lo puede hacer tan bien de los que en su lugar envían con la gente...”.

Muy difíciles fueron los primeros años en Santa María la Antigua del Darién. Estaban establecidos allí cerca de 300 colonos que no podían subsistir con los recursos disponibles y menos aún cuando sus cosechas fueron destruidas por las crecidas del río. De allí que Balboa tuvo que recurrir al Gobernador de La Española Diego Colón para que le facilitara viveres y otras mercaderías necesarias. Incluso solicitó más hombres para emprender las exploraciones. Con las provisiones de Santo Domingo pudo sostenerse la colonia del Darién. Aun así Balboa tuvo que enfrentar algunos motines promovidos por el bachiller Diego del Corral. Con todo, Balboa recibió el nombramiento de Capitán y Administrador de La Antigua, por parte de Diego Colón, en tanto que el rey lo designó Gobernador interino.

Para abril de 1511, Balboa estuvo en condiciones de emprender una serie de viajes de descubrimiento y conquista de los cacicazgos indígenas situados en el Darién. Particularmente sometió e hizo amistad con Careta y, acto seguido, conquistó los dominios de los jefes Ponca y Comagre. Este último era uno de los caciques más importantes de la región como lo demostraban el gran número de súbditos sobre los que mandaba y el tamaño y comodidad de su vivienda. Aquí Balboa encontró también mucho oro y piedras preciosas y cuando los españoles se disputaban el botín, Panquiaco, el hijo mayor de Comagre, les indicó que encontrarían mucho más en un reino situado al sur al que llegarían después de atravesar montañas y otro mar donde comerciaban balsas de vela de gran tamaño. Fue la primera noticia que tuvo Balboa de la existencia del Mar del Sur y del fabuloso imperio Inca.

Pese a encontrar mucho oro en el Darién Balboa también fijó su atención en el Golfo de Urabá, tierra adentro. Particularmente se interesó por el tesoro del Cacique Dabaibe o Debaide, a quien calificó como “muy grande Señor y de muy gran tierra y muy poblada de gente, tiene oro y mucha cantidad en su casa, y tanto que para quien no sabe las cosas de esta tierra será bien dudoso de creer”. Según las noticias que había recabado todo el oro encontrado en el Golfo Urabá y los que tenían los caciques de la región, procedía de Dabaibe, en cuyo territorio los indios cargaban el oro en cestas y las piezas de este metal eran “de extraña manera y muy grandes”. En su búsqueda

de este tesoro Balboa descubrió el río San Juan o Atrato y recorrió tierras hasta entonces desconocidas en Urabá. Pero no tuvo éxito, pues la riqueza de Dabaibe como tal no existía, a no ser que se tratara de las minas de Buritica situadas en el Valle del Cauca, hasta donde el inquieto explorador nunca llegó. Con todo, el Dabaibe se convirtió en uno de los tantos mitos impulsores del descubrimiento, como El Dorado, las Amazonas y la Fuente de la Eterna Juventud.

No ocurrió lo mismo con el propósito de Balboa de descubrir el Mar del Sur. El primero de septiembre de 1513 salió de La Antigua con aproximadamente dos centenares de españoles, ochocientos indígenas y perros amaestrados rumbo a los dominios de Careta desde donde se aprovisionaría para cruzar el Istmo. Balboa había informado al Rey Fernando, en la carta que venimos citando, sobre la abundancia de oro en las tierras cercanas a dicho mar. Con evidente exageración dijo: “están allí en aquellas sierras aquellos Caciques que tienen oro en mucha cantidad en sus casas (y) dicen que lo tienen (...) en barbacoas como maíz porque en tanto el oro que tienen que no lo quieren tener en cestas (...), dicen que todos los ríos de aquellas sierras (...) tienen oro y hay granos muy gordos en mucha cantidad”. Añadía que los indígenas del Darién le hablaron acerca de “tanto oro cogido en piezas en casa de los caciques de la otra mar que nos hacen estar a todos fuera de sentido”. Se refirió, además, el trueque que estos indios del sur hacían con los darienitas intercambiando oro por ropa de algodón y esclavos. Según sus informantes “la otra mar es muy buena para navegar en canoas porque es muy mansa de continuo y nunca está brava como la mar de esta banda (del norte), yo creo que en aquella mar hay muchas islas (y) dicen que hay muchas perlas...”.

Peligrosos obstáculos tuvo que enfrentar Balboa en su ruta hacia la “otra mar”. Como bien indicó el cronista Pedro Mártir de Anglería, después de someter al Cacique Ponca, cuyas posesiones estaban en la parte superior de la cuenca del actual río Chucunaque, “fueron adelante arreglando las estrecheces del camino pues había que penetrar por saltos sin senda, por escondrijos de fieras y revueltas de las montañas, porque los indios tenían escasa y rara comunicación”. Además, cruzó “por muchos y grandes ríos que encontró echando puentes y entrelazando un conjunto de largas vigas” (balsas). Guías indios le facilitaron la marcha, pero también hubo fuertes luchas con éstos, particularmente con los encabezados por el Cacique Quarecua o Torecha, donde encontró oro, perlas y esclavos negros, cuya procedencia es difícil de explicar, aunque Anglería los considera etíopes. Finalmente, el 25 de septiembre de 1513, desde un promontorio, Balboa avistó el mar del Sur. Cuatro días después, tras pasar por los dominios de Chiapes, en nombre de los reyes Católicos tomó posesión de dicho mar y dio el nombre de San Miguel al golfo donde llevó a cabo la ceremonia.

Poco más de un mes demoró Balboa reconociendo el litoral del nuevo mar y el archipiélago de las perlas. El Cacique Tumaco, en esa ocasión, le señaló a los incrédulos españoles la existencia del rico imperio de los Incas e incluso describió el animal de carga de éstos, la llama. Necesario es decir que en este recorrido Balboa, contrario a su costumbre, no vaciló en utilizar métodos violentos contra los indígenas, aunque finalmente los convirtió en sus aliados. El 19 de enero de 1514 retornó triunfalmente a La Antigua para lo cual siguió otra ruta y sometió a otros cacicazgos

como los de Pacra, Pocorosa y el aguerrido Tubanamá. Solo entonces fue cuando decidió comunicar a los soberanos en la Península sobre su trascendental hallazgo, a través del comisionado real Pedro Arbolancha, quien precisamente había llegado a fiscalizar la actuación de Balboa. Pero tan importante noticia tardó en llegar a la corte y a estas alturas las quejas contra Balboa habían prosperado por lo que se nombró a Pedro Arias de Avila (Pedrarias) como Capitán General y Gobernador de Castilla de Oro en el Darién. No obstante, a Balboa se le premió designándolo Adelantado del Mar del Sur y Gobernador de las Provincias de Coiba (Cueva) y Panamá, aunque subordinado a Pedrarias.

Sin duda, el descubrimiento del Mar del Sur demostró que otro continente, hasta entonces desconocido, se interponía entre Europa y Asia. En adelante, España y Portugal, además de otros países europeos, intentarían encontrar un “estrecho” o “paso” acuático que, atravesando el Nuevo Mundo, desembocara en el Mar del Sur por cuyas aguas se navegaría hasta alcanzar las islas de las especias por excelencia, es decir, las Molucas.

BIBLIOGRAFÍA

- ALTOLAGUIRRE y DUVALE, Angel de: **Vasco Núñez de Balboa**. Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia e Intervención militares. Madrid, 1914.
- ANDERSON, Charles L.G: **Vida y Cartas de Vasco Núñez de Balboa**. Emecé Editores S. A. Buenos Aires, 1944.
- CARRASCO, Pedro y CÉSPEDES DEL CASTILLO, Guillermo: **América Indígena. La Conquista**. Historia de América Latina 1, Alianza América, Alianza Editorial S.A. Madrid, 1985.
- COOKE, Richard G: “Arqueología Prehistórica de Panamá: Una síntesis cronológica.” II parte. **Enciclopedia de la Cultura Panameña para niños y jóvenes**. Serie Nuestra Historia, Vol XIII, Prehistoria. Suplemento Educativo Cultural de la Prensa, Panamá, agosto de 1985.
- COLÓN, Cristóbal: **Textos y Documentos Completos. Relaciones de Viajes, Cartas y Memoriales**. Edición, prólogo y notas de Consuelo Varela. Alianza Editorial S.A., Madrid, 1982.
- DISSELHOFF, H. D: **Las Grandes Civilizaciones de la América Antigua**. Ayma S.A. Editora. Barcelona, 1967.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, Gonzalo: **Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del mar Océano**. Tomo VI y VII. Editorial Guaranía, Asunción del Paraguay, 1944.

- MÁRTIR DE ANGLERÍA, Pedro: **Décadas del Nuevo Mundo**. Editorial Bajel, Buenos Aires, MCMXLIV.
- MEDINA, José Toribio: **El Descubrimiento del Océano Pacífico. Vasco Núñez de Balboa, Hernando de Magallanes y sus Compañeros**. Dos volúmenes. Santiago de Chile, Imprenta Universitaria. MCMXIV.
- MORALES PADRÓN, Francisco: **Historia del Descubrimiento y Conquista de América**. Cuarta Edición, Editora Nacional, Madrid, 1981.
- Gran Enciclopedia de España y América**. Tomo IV. **El Descubrimiento**. Siglo XV - Siglo XVI. Gela S.A., Espasa Calpe, Madrid, 1983.
- MORISON, Samuel Eliot: **Cristóbal Colón Marino**. Primera edición en español, Editorial Darién S. A. México D.F., 1966.
- RAMOS PÉREZ, Demetrio: **Audacia, Negocios y Política en los viajes españoles de Descubrimiento y Rescate**. Seminario Americanista de la Universidad de Valladolid, España, 1981.
- SAUER, Carl O.: **Descubrimiento y Dominación Española del Caribe**. Fondo de Cultura Económica, México, 1984.
- TORRES DE ARAÚZ, Reina: **Arte Precolombino de Panamá**. Impresora Panamá S.A., Panamá, 1966.
Panamá Indígena. Patrimonio Histórico, Instituto Nacional de Cultura, Panamá, 1980.